



“Orientaciones lingüísticas y trabajos en las lenguas indígenas desde el México colonial hasta nuestros días”

p. 15-36

Pilar Máynez

Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

190 p.

Cuadros

(Serie Totláhtol, Nuestra Palabra 5)

ISBN 970-32-1012-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/414/lenguas_literatura.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ORIENTACIONES LINGÜÍSTICAS Y TRABAJOS EN LENGUAS INDÍGENAS DESDE EL MÉXICO COLONIAL HASTA NUESTROS DÍAS

A mediados del siglo XIX, A. Schleicher planteaba que las lenguas, al igual que los seres vivos, nacen, crecen envejecen y mueren fuera de la voluntad humana. Inmerso en las concepciones de cambio lingüístico imperantes en los estudios decimonónicos, Schleicher sostenía, lo mismo que los comparatistas que lo habían antecedido, que la diversidad lingüística es el resultado de la desmembración de un mismo tronco común y que los objetivos de sus trabajos deberían estar encaminados a establecer el parentesco genético de las especies lingüísticas.

A grandes rasgos, las lenguas siguen el ciclo advertido por los naturalistas, sólo que éste no puede concebirse únicamente como un proceso mecánico ajeno a otros múltiples factores que, sin duda, determinan su destino. Para que un idioma continúe existiendo, para que muera, para que alterne con otros sistemas en forma paralela o para que se imponga sobre ellos, se requiere de la confluencia de aspectos de variada índole. En la conservación de una lengua, en su fortalecimiento o en su extinción, intervienen en buena parte las medidas adoptadas por las autoridades gubernamentales, pero también la decisión de la comunidad de continuar comunicándose por medio de ese código heredado. La planeación lingüística posibilita el cultivo de los idiomas patrimoniales, pero en algunos casos, sin contar con ella, las minorías lingüísticas han logrado que se respeten sus derechos de convivencia y expresión. De lo anterior se desprende que la existencia de una lengua no es ajena, como pensaba el botánico lingüista hace ya siglo y medio, a la voluntad de sus usuarios y responde a múltiples condiciones vinculadas con las tendencias imperantes en un momento histórico determinado o con el ideario de los diversos gobiernos, e incluso, como se ha dicho ya, con el deseo o no de los hablantes de continuar empleándola.

Al llegar a México, los españoles se encontraron con tres lenguas francas o comunes; la maya, en la península de Yucatán; la tarasca, en el reino de Michoacán, y la mexicana o náhuatl en un extenso territorio que abarcaba desde el centro de México hasta Nicaragua. Los europeos contribuyeron a la expansión del náhuatl como medio idóneo para lograr la comunicación con los naturales y alcanzar los propósitos de conversión religiosa que justificaban, en buena medida, la presencia de los conquistadores en América. Según comenta fray Jerónimo de Mendieta:

Esta lengua mexicana [el náhuatl] es la general que corre por todas las provincias de esta Nueva España, puesto que hay muchas y diferentes lenguas particulares de cada provincia, y en partes de cada pueblo, porque son innumerables. Mas en todas partes hay intérpretes que entienden y hablan la mexicana, porque ésta es la que por todas partes corre, como la latina por todos los reinos de Europa.¹

La supremacía de los mexicas sobre la mayor parte de los pueblos mesoamericanos desde el inicio del siglo XV se puso de relieve en las formas despectivas que emplearon para referirse a ellos, tales como *popoloca*, que en náhuatl significa “incomprensible”; *totona-ca*, “rústico”, y *chontal*, “extranjero”.

En los primeros decenios de la Colonia comenzó a desplegarse una serie de pronunciamientos en torno de las políticas lingüísticas que deberían seguirse en la Nueva España, y durante los tres siglos que abarcarían el periodo colonial se advirtió un movimiento pendular por parte de las autoridades competentes, que oscilaba entre el confinamiento de las lenguas indígenas y su permanencia y estudio. Es innegable que el propósito fundamental de la Corona fue el de extender a los territorios conquistados la lengua, las costumbres y las instituciones de Castilla, a fin de simplificar el control y la administración sobre ellos. Sin embargo, los misioneros encargados del trabajo de conversión, vinculados más estrechamente a sus nuevos prosélitos, advirtieron el impedimento de sus fines religiosos si acogían la rigurosa política de castellanización. Así lo hicieron saber a las autoridades imperiales, quienes en 1536 giraron instruc-

¹ Citado por Beatriz Garza Cuarón, “Los estudios lingüísticos en México”, en *Estudios de lingüística de España y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 1999, en nota de p. 37.

ciones al virrey de Mendoza para que los religiosos aprendieran los idiomas vernáculos, en tanto los indígenas hacían lo mismo con el español; por ese entonces, incluso, se llegó a alentar el trabajo de codificación de las diversas lenguas patrimoniales y su registro lexicográfico, mediante regalos especiales a los frailes encargados de esa tarea.²

Se inicia así la confección de una serie de gramáticas y diccionarios inspirados en las obras de Elio Antonio de Nebrija; lo anterior, sin embargo, no supone que sean éstas meras reproducciones del trabajo del sevillano, pues los misioneros lingüistas tuvieron que adaptar los nuevos sonidos al sistema gráfico latino, que ellos a su vez habían heredado. Asimismo, tuvieron que adecuar la explicación gramatical a la naturaleza propia de cada una de las lenguas que describían y encontrar una terminología acorde con las peculiaridades morfológicas y sintácticas de ellas. De esta forma, el franciscano Andrés de Olmos concluyó en 1547 la obra denominada *Arte para aprender la lengua mexicana*, primera de un idioma del Nuevo Mundo, y anterior, incluso, a la primera del francés, del italiano, y del inglés. Por otra parte, el también franciscano Alonso de Molina elaboró en 1555 el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, más tarde ampliado, que sigue siendo en la actualidad fuente de obligada consulta.

En 1550, la metrópoli cambió de opinión en forma radical y ordenó que se enseñara únicamente el castellano. Las razones aducidas para ello tenían que ver con la supuesta ineficiencia de los idiomas vernáculos para referirse a conceptos propios del misterio de la fe católica, que se trataba de trasplantar en el proceso que Robert Ricard ha llamado la “conquista espiritual” de México.³ No obstante, continuaron realizándose obras de carácter religioso en náhuatl, como la *Psalmodia cristiana*, de fray Bernardino de Sahagún, y otras sobre sus características fonológicas y estructurales, como el *Arte mexicano*, de Antonio del Rincón.

Durante el siglo XVII y mediados del XVIII continuó la doble tendencia en las políticas lingüísticas que se había venido registran-

² Véase Georges Baudot, *op. cit.*, p. 104.

³ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

do en la primera etapa de la Colonia, pues Felipe III consideró necesario, como lo había hecho su padre, que los religiosos aprendieran las lenguas amerindias, y que, de no ser así, incluso fueran removidos de sus cargos, en tanto que su sucesor, Felipe IV, alentó la enseñanza y difusión de la lengua de Castilla entre sus súbditos del Nuevo Mundo. Lo anterior se puede constatar en una cédula expedida en Madrid en 1634 en la que se insta a “Que los curas y doctrineros de indios, usando de los medios más suaves, dispongan y encaminen que a todos los indios sea enseñada la lengua española”.⁴

A principios del siglo XVIII, advierte Ascensión H. de León-Portilla, los decretos promulgados por Felipe V, que estaban influidos por el ideal de modernidad, establecen el carácter centralizador del Estado español; esta política incide igualmente en el contexto lingüístico peninsular, de gran pluralidad, y se extiende a América;⁵ pero en las últimas décadas del siglo XVIII, la Corona resuelve de manera drástica que los naturales hablen sólo español. El arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana jugó un papel decisivo en este nuevo parecer; Lorenzana consideraba que la obligatoriedad en el uso del castellano permitiría adelantar en la propagación de la fe católica, y evitaría el aislamiento de las distintas etnias, debido, en buena parte, a su heterogeneidad lingüística. Hacia finales de ese siglo y principios del siguiente se mantuvo la tendencia centralizadora de la monarquía ilustrada; no obstante, las cátedras del náhuatl continuaron vigentes y los escribanos indígenas siguieron trabajando en la elaboración de documentos de diversa naturaleza, como litigios de tierras, testamentos y cartas que hoy podemos consultar en diferentes archivos. Asimismo, durante este periodo siguieron realizándose gramáticas y compilaciones léxicas, como el *Arte de la lengua mexicana*, de Horacio Carochi, y el *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, de Pedro de Arenas. A esta época pertenecen también descripciones sobre lenguas del norte de México, como es el caso del *Arte de la lengua tehuima vulgarmente llamada ópata* del jesuita Natal Lombardo, el *Arte de la lengua cahita* atribuida a Tomás Basilio, el *Vocabulario en lengua castellana y cora* del padre José

⁴ Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y bibliografía*, México: UNAM, 1971, p. 56.
⁵

de Ortega y el *Arte de la lengua tepehuana con vocabulario* debida a Benito Rinaldini, por mencionar sólo algunas; igualmente continuaron confeccionándose obras de carácter religioso, como confesionarios y doctrinas. A éstas se incorporó un nuevo género que despertó el interés de clérigos y laicos: me refiero a las apariciones de la virgen de Guadalupe, narradas en náhuatl, que se publicaron desde mediados del siglo XVII.⁶

Al iniciarse la guerra de Independencia, como asegura Nicolás Sánchez Albornoz, y a pesar del vertiginoso decremento demográfico de la población indígena en el primer siglo de la Colonia, los hablantes en lenguas indígenas eran todavía más numerosos que los que usaban el castellano.⁷

Ahora bien, el siglo independiente puede dividirse en tres etapas:⁸ la primera de ellas comprende de 1810 a 1833 y se caracteriza por ser una prolongación del periodo colonial, en la que no se pueden consolidar las aspiraciones liberales y se intentan proteger los derechos individuales y alcanzar la libertad de expresión en asuntos políticos, así como la igualdad entre españoles e hispanoamericanos. No obstante, México no logra la concordia social, y lo que impera en los treinta primeros años es la pobreza y el aislamiento en todos los sectores de la actividad humana.⁹ Los criollos manifiestan un profundo desprecio hacia los indios, en quienes ven la personificación del atraso y la ignorancia. El segundo periodo abarca de 1833 a 1857, época en que se ponen en marcha los modelos por monitoreo, empleados por Bell y Lancaster para mejorar la educación de las clases populares en Londres. El sistema interesa a José María Luis Mora, quien se percata de las posibilidades que representa para la educación de masas —pues entonces sólo uno de cada diez

⁶ La primera de ellas la hizo imprimir el bachiller Luis Lasso de la Vega en 1649, quien se hizo ostentar como el autor del escrito. Algunos estudiosos, como Edmundo O’Gorman y Miguel León-Portilla, coinciden en señalar que el texto se debe muy probablemente a Antonio Valeriano, uno de los alumnos trilingües del Colegio de Santa Cruz Tlatelolco. En él se narran las cuatro apariciones de la virgen con un lenguaje elegante y lleno de metáforas. Véase Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”*, México, El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷ Nicolás Sánchez Albornoz, *La población de América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Alianza Universidad, 1977.

⁸ Véase Gonzalo Aguirre Beltrán, *Lenguas vernáculas, su uso y desuso en la enseñanza: la experiencia de México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1983, p. 67.

⁹ Para mayor información, consúltese a Luis González, “El periodo formativo”, en *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1977, p. 102.

mexicanos sabía leer y escribir— y como eficaz instrumento para interpretar las sagradas escrituras sin la persistente mediación de la Iglesia; a esta etapa corresponde el trabajo del que algunos estudiosos han considerado el primer lingüista mexicano:¹⁰ me refiero a fray Manuel Crisóstomo Nájera, autor de *De lingua othomitorum dissertatio*, trabajo escrito en latín en el que se comparaba el otomí con el chino, a fin de desechar la equivocada idea que se tenía sobre el atraso de nuestros idiomas patrimoniales. En su intervención en la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia, Nájera establecía claramente su posición al respecto:

Si en los escritos filológicos publicados en Inglaterra y en el Norte hubiera yo encontrado solamente esa falta de noticias sobre nuestras lenguas, tal vez o no hubiera yo escrito o, si lo hubiera hecho, sin duda hubiera yo adoptado otro plan. Mas en algunos se aseguraba que las lenguas de nuestro continente eran jergonzas (*jargons*) indignas de fijar la atención de un filósofo; en otros, se quería que todas fueran dialectos de unas cuantas que entre sí gozaban de un estrecho parentesco.¹¹

Con la promulgación de la carta constitucional de 1857 y de las Leyes de Reforma se da el triunfo de los progresistas; se trasplanta el liberalismo europeo a México, pero con las restricciones que implica la territorialidad de las comunidades indígenas, consideradas como formas arcaicas que no permiten el progreso y la integración nacional anhelados. Finalmente, entre 1857 y 1910, transcurre la etapa del México independiente, en la que se privilegia el orden y el progreso frente al caos liberal, y se intenta incorporar a la población indígena al proceso de mestizaje biológico y cultural en el marco de la civilización de Occidente. En esta época se acentúa más el desprecio hacia las expresiones autóctonas; esto se manifiesta a través del frecuente uso del término “dialecto” para referirse a las lenguas indígenas.¹² En relación con lo anterior cabe aclarar que no

¹⁰ Ignacio Guzmán Betancourt considera que fray Manuel Crisóstomo Nájera es el primer lingüista mexicano por su rigor científico, en tanto que Wigberto Jiménez Moreno advierte que tal lugar lo ocupa Francisco Pimentel por su avanzada propuesta en la sistematización del conocimiento de todas las lenguas indígenas. Véase Beatriz Garza Cuarón, “Los estudios lingüísticos de México”, *op. cit.*, p. 43.

¹¹ Fray Manuel Crisóstomo Nájera, “Disertación sobre la lengua othomí”, *Actas de la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia*, México, Imprenta del Águila, 1845, p. 2.

¹² Véase Leonardo Manrique, “Pasado y presente de las lenguas indígenas de México”, en *Estudios de lingüística de España y México*, *op. cit.*, p. 403.

existen idiomas superiores ni inferiores y que no se debe subestimar ninguno por considerarlo manifestación propia de pueblos pobres y sojuzgados. Carlos Montemayor señala al respecto:

El náhuatl es un sistema tan completo como el alemán; el maya es un sistema tan completo como el francés; el zapoteco lo es también como el italiano y el purépecha como el griego, el español y el inglés lo son como el otomí y el mazateco. Variación dialectal es un concepto lingüístico que se aplica al uso regional de un idioma.¹³

En estos últimos decenios del siglo XIX se inicia también una polémica que no ha dejado de tener adeptos hasta hoy; se trata del debate entre indigenistas e hispanistas, encabezado por Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel, respectivamente. Los primeros consideraban necesario incorporar indigenismos en la literatura mexicana, como forma de particularizar esa expresión artística, en tanto que los hispanistas sostenían que la inserción de dichos elementos sólo atentaba contra la corrección y pureza del castellano, contra el buen gusto que debería imperar en esas producciones; esta polémica traspasa el ámbito literario y llega hasta el lingüístico. Actualmente este controvertido tema continúa siendo valorado mediante diversas investigaciones bibliográficas y de campo.

Durante esa época se vive en las esferas cultural y académica un renacer mexicanista, que puede apreciarse en la intensa actividad de historiadores y filólogos en el estudio del pasado prehispánico. De Manuel Orozco y Berra es *La historia antigua y de la conquista de México*, que incorpora novedosa información de primera mano sobre el mundo mexica e incluye, además, interesantes reflexiones acerca de la escritura nahua; también se debe a Orozco y Berra la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*.

Por su parte Francisco Pimentel, a pesar de su rigurosa postura hispanizante en lo referente a la literatura hispanoamericana, trabajó en la tipología de distintos idiomas y en el emparejamiento sistemático de sus elementos a fin de establecer su origen. El *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México, o trata-*

¹³ Carlos Montemayor, "La función de la literatura y la escritura en las lenguas indígenas", en *Políticas lingüísticas en México*, México, La Jornada Ediciones/Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 1997, p. 236.

22 LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS EN EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

do de filología mexicana, publicado entre 1862 y 1875, anterior al del comparatista Wesley Powell, presenta una visión general sobre los idiomas mesoamericanos. El propio Pimentel advierte acerca de la tarea que tendría que emprender:

Para que haya, pues, una verdadera gramática general, o, mejor dicho, *comparada*, es preciso que antes la filología comparativa haya clasificado todas las lenguas que sea posible, según las analogías y diferencias que presenten sus gramáticas: entonces bastará hacerse cargo del sistema de cada grupo o familia, y la exposición y comparación de los sistemas será la única y verdadera gramática universal, pudiéndose entonces fijar y conocer perfectamente los elementos verdaderos y absolutamente necesarios del lenguaje.¹⁴

Fue precisamente Francisco Pimentel quien hizo hincapié en el aislamiento del indígena respecto del resto de los mexicanos, segregación que era espiritual en un primer momento por la ineficacia del proceso de conversión que lo había dejado a medio camino entre el catolicismo y el paganismo, aunada a una degradación social.

Pero el ideal de la nación profesado por Pimentel nada tenía que ver con la realidad pluriétnica de México; para lograr la unidad era necesario que los indios se olvidaran de su idioma y sus costumbres. Luis Villoro explica que:

La solución consiste simple y sencillamente en que el indígena deje de ser indígena; o, en otras palabras, que no hay solución para el indígena; la habrá, sí, para el individuo que haya sido indígena en sus costumbres, lengua, etcétera, pero a condición de que ya no lo sea. Esto también, en el fondo, es lo que propondrá un Molina Enríquez al propugnar la absorción del indio en el seno del mestizo.¹⁵

Pimentel pensaba que el indio debería transformarse, integrarse a las necesidades de la nación; pero el concepto de “nación” que proponía privilegiaba el interés por el “mestizo”; por tanto, era necesario que el indígena abandonara la propiedad comunal a favor de la propiedad privada, desterrando así los atrasados esquemas de

¹⁴ Francisco Pimentel, en la introducción al *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1862. Material editado por Ignacio Guzmán Betancourt, p. 8.

¹⁵ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1979, p. 183-184.

la sociedad agrícola y primitiva a fin de insertarse en las relaciones de trabajo de la urbe avanzada. Si, por un lado, Francisco Pimentel dedicó una buena parte de su vida al estudio de las lenguas y culturas de los pueblos indios, por otro, intentó que éstas quedaran como restos de un pasado glorioso que había que diluir hasta asimilarlo al concepto unitario de nación, esto es, “la reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea, y que tienden a un mismo fin”.¹⁶

Continuando con el breve repaso sobre los trabajos decimonónicos tenemos a Joaquín García Icazbalceta, autor del *Vocabulario de mexicanismos*, que, aun cuando inconcluso, representa una joya de nuestra lexicografía por la riqueza de su material y las correlaciones que establece con vocablos sinónimos empleados en otros países de Hispanoamérica. A finales del siglo XIX se publican también monografías y estudios mayores sobre toponimias entre los que destaca el de Antonio Peñafiel, *Nombres geográficos de México*. En este renglón resulta importante mencionar al jurisconsulto oaxaqueño Francisco Belmar, cofundador de la Sociedad Indianista Mexicana, quien realizó una serie de monografías sobre diversas lenguas autóctonas de su estado natal —del zapoteco, mixteco, chinanteco, mixe, trique, chocho, mazateco y huave, entre otras— que publicó entre 1891 y 1905. Su obra más importante, sin embargo, lleva por título *Glotología indígena mexicana*, editada en 1921, en la que se ofrece un análisis descriptivo y comparativo de las lenguas autóctonas de nuestro territorio, siguiendo muy de cerca los modelos planteados por las teorías europeas en boga.

A finales del siglo XIX, como consecuencia de los redoblados esfuerzos por constituir una identidad nacional, Justo Sierra encabezó un movimiento que pugnaba por que el castellano se convirtiera en la única lengua de uso y estudio en el sistema educativo; se intentaba de este modo relegar una vez más los idiomas vernáculos, pero ahora en aras del positivismo imperante, cuyo propósito radicaba en “educar para hacer que lo primitivo cobrara forma, para que el conglomerado se transformara en la Nación”.¹⁷ Recordemos que Sierra fungió como subsecretario y más tarde como secre-

¹⁶ *Ibidem*, p. 176.

¹⁷ Véase Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1977, t. 4, p. 314.

tario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y que su interés principal consistía en que la masa heterogénea del país se ajustara a las exigencias suscritas por el Estado.

Desafortunadamente con la revolución iniciada en 1910 el panorama lingüístico no cambia de manera sustantiva: la castellanización continúa siendo la única forma posible de integración al progreso. La tesis incorporativa que predominó durante el México revolucionario se centraba en la idea de que la escuela era el medio idóneo para poder integrar a los dos millones de indios a la sociedad mexicana; según ésta, era fundamental hacer que el sector más atrasado quedara así incluido dentro del modelo que se deseaba conformar. Para ello era necesario que los indios pensarán y sintieran en castellano y no en sus respectivas lenguas maternas;¹⁸ no obstante estas tendencias, hubo quienes se preocuparon por el destino de esta población que tantos y tan ricos elementos culturales ha aportado en la conformación de nuestra identidad; de tal forma que por un lado se deseaba aplicar los patrones de progreso y modernidad, pero por otro se pugnaba por preservar la base indígena, símbolo de nuestras raíces.¹⁹ Manuel Gamio, Miguel Othón de Mendizábal y Alfonso Caso coincidieron en la necesidad de impulsar el progreso económico y cultural del indígena, pero tomando en cuenta siempre su tradición y características. De ahí que hayan propuesto la creación de organismos que procuraran salvaguardar las distintas etnias, como la Dirección de Antropología, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Indigenista Interamericano y el Instituto Nacional Indigenista.²⁰

Por ese entonces se inaugura en Norteamérica una nueva corriente que se integraba a la efervescente ciencia lingüística de cuño europeo. Mientras en el viejo continente se asentaban las bases del estructuralismo que impulsaba el estudio de la lengua en sí y por sí misma, los estudiosos estadounidenses partían de la base de que la lengua

¹⁸ Esta política incorporativista revolucionaria consistió en querer hacer que la población indígena *pensara y sintiera* en español para incorporarla en el concepto de “nacionalidad mexicana”; de ahí que se estimulara la alfabetización en castellano antes que en su propia lengua.

¹⁹ Dice Aguirre Beltrán: “La revolución mexicana es populista y en gran medida aborrece al intelectual como una reacción violenta con el europeísmo de la oligarquía positiva a la que derroca; no es pues extraño que sean los hombres doctos los más renuentes a sumarse al movimiento social. Éste nace impregnado de un nacionalismo exultante pero intransigente que opone a lo extranjero occidental los valores de las culturas nativas originalmente americanos, apasionada, fanáticamente idealizados”. *Op. cit.*, p. 160.

²⁰ Véase Ascensión H. de León-Portilla, *op. cit.*, p. 154.

era el instrumento idóneo para conocer el ser y el pensar de un pueblo. Frente al concepto de inmanencia lingüística postulado por Saussure y Hjelmslev, su más fiel seguidor, en el que se trataba de deslindar tajantemente el radio de acción de la lingüística frente a otras disciplinas humanísticas y sociales, Boas, Sapir y Whorf advertían que el conocimiento de los idiomas indígenas constituía una herramienta fundamental para el entendimiento de las diversas culturas.

Los antropólogos lingüistas consideraban que a través de las lenguas se describe, se organiza y se percibe de una manera determinada el universo, y que, por tanto, el análisis de los distintos sistemas lingüísticos ponía al descubierto las diversas formas de concebir y clasificar la realidad de una determinada cultura. A este principio sostenido por Sapir y Whorf se le conoce con el nombre de “relativismo lingüístico”; y es precisamente este último quien lo explica de la siguiente forma:

Quando se contrastan con nuestra lengua las lenguas semítica, china, tibetana y africanas, se hace más evidente la divergencia en el análisis del mundo; y cuando llegamos a las lenguas nativas de América, cuyas comunidades de habla han seguido durante milenios sus propios caminos, independientemente de las demás y de las lenguas del Viejo Mundo, se patentiza el hecho de que las lenguas disecionan la naturaleza de muchas formas diferentes. Se pone entonces de relieve la relatividad de todos los sistemas conceptuales, incluso el nuestro, y su dependencia del lenguaje.²¹

En 1915 Manuel Gamio, quien se había formado profesionalmente con Boas en la Universidad de Columbia, pone en marcha uno de los proyectos confeccionados para el estudio y la preservación de las comunidades indígenas; su programa multidisciplinario de trabajo contemplaba el análisis integral del valle de Teotihuacan: la población en su conjunto, su composición racial y cultural, la estructura de la sociedad civil, etcétera. Según Aguirre Beltrán, su proyecto era “de recia envergadura, de relevante excelencia y sin parangón alguno en la antropología mexicana”.²²

²¹ Citado por Gonzalo Aguirre Beltrán, *op. cit.*, p. 263.

²² *Ibidem*, p. 165. Cabe señalar que Gamio aprendió el náhuatl durante los dos años que permaneció en la finca de su padre ubicada en el trópico veracruzano. Contra lo que podría esperarse, Gamio, excepcional arqueólogo y antropólogo, no llegó a manifestar un marcado interés por el estudio científico de las lenguas vernáculas.

A esta importante investigación sobre el valle de Teotihuacan fue invitado Pablo González Casanova, quien regresaba a México tras haber estudiado en la Universidad de Friburgo, Alemania. A él tocó realizar un estudio diacrónico y comparado sobre las diferencias fonéticas y fonémicas más significativas entre algunos pueblos de la región de San Francisco Mazapán y San Martín de las Pirámides con las formas propias del náhuatl clásico. González Casanova se percató de la marcada tendencia de este idioma indígena a la desaparición; sin embargo, su estudio de campo le permitió introducir algunas precisiones al respecto, como la de que algunos hablantes encontraban cierto carácter de su antigua nacionalidad y de su pertenencia a un grupo específico del habla mexicana.²³

Por otra parte, el Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas se creó como centro dependiente de la Universidad Nacional y tuvo como objetivo propiciar el conocimiento de las lenguas: el español, las lenguas indígenas y, en menor grado, las clásicas. Vinculada a éste apareció en 1933, bajo la dirección de Mariano Silva y Aceves, *Investigaciones Lingüísticas*, que fue la primera revista de nuestro país especializada en temas sobre el lenguaje. No obstante su corta vida, pues sólo se editaron cinco volúmenes entre 1933 y 1937, se incorporaron interesantísimos trabajos sobre aspectos de fonología y etimología de algunos idiomas vernáculos y comentarios sobre diferentes obras gramaticales y lexicográficas.

Silva y Aceves intentó crear centros regionales para investigar la realidad lingüística en distintas provincias mexicanas; en la nota introductoria a la mencionada revista explicó:

Esta realidad de México se nos hace patente cuando vemos claramente separados en mentalidad, en costumbres y en vida, a nuestros grupos indígenas del resto de la población [...]. Toda esta existencia de nuestras razas indígenas tiene que apoyarse en la raigambre fuerte del idioma. Si el español se hubiera impuesto a sangre y fuego como se impuso el inglés en las poblaciones nativas de los Estados Unidos, hubiera acabado con las nuestras y no estuviéramos observando en la realidad actual tan grandes diferencias étnicas. Realmente no creemos que el acercamiento de los dos México, y menos aún la fusión de ellos,

²³ Véase Ascensión H. de León-Portilla, "Estudio introductorio" a Pablo González Casanova, *Estudios de lingüística y filología nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. LV.

dentro de la idea tantas veces invocada de la unidad nacional pueda hacerse sin contar con la organización de una cultura lingüística.²⁴

En 1935 William Cameron Townsend fundó, con el consentimiento del gobierno mexicano encabezado por Lázaro Cárdenas, el Instituto Lingüístico de Verano (ILV). Los lingüistas que se incorporaron a éste colaboraron en la efímera carrera de Lingüística Indígena creada en la Universidad Nacional por Silva y Aceves y más tarde, hasta los años setenta, impartieron distintas cátedras en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, única institución en México que continuó una licenciatura en Lingüística Amerindia; no obstante, el propósito fundamental de Townsend era el de traducir la *Biblia* a diferentes lenguas vernáculas. El marcado interés proselitista de los miembros del ILV en las distintas comunidades donde se han establecido les ha valido serias críticas; sin embargo, no hay que olvidar que a ellos debemos innumerables trabajos de descripción gramatical y la fijación de textos propios de la tradición oral.

En 1940 se imprime la *Llave del náhuatl* y la *Poesía indígena de la altiplanicie* de don Ángel María Garibay. Más tarde en la década de los cincuenta sale a la luz su famosa *Historia de la literatura náhuatl*, y en los años sesenta su *Poesía náhuatl* en tres volúmenes. Enumerar aquí los incontables trabajos de índole filológica, lingüística e histórica del humanista mexicano resultaría muy extenso. Baste decir que editó, tradujo y realizó estudios fundamentales para la comprensión del México prehispánico y colonial.²⁵

Una de las experiencias pedagógicas y lingüísticas más importantes de esta época es la que se inicia en julio de 1939 bajo la dirección de Mauricio Swadesh, conocida como Proyecto Tarasco, que operaría desde Paracho, Michoacán. La sede elegida para llevar a cabo la investigación se ubica en el estado de donde era oriundo el presidente Lázaro Cárdenas, quien mostró un gran interés por instrumentar políticas lingüísticas favorables al estudio y cultivo de las lenguas aborígenes. Además un año más tarde, en ese mismo lugar,

²⁴ Citado por Beatriz Garza Cuarón, "Los estudios lingüísticos en México", *op. cit.*, p. 52.

²⁵ Sobre la vida y la obra del padre Ángel María Garibay, consúltese: Miguel León-Portilla y Patrick Johansson, *Ángel María Garibay: la rueda y el río*, México, Espejo de Obsidiana Ediciones/Gobierno del Estado de México, 1993, y *Ángel María Garibay. En torno al español hablado en México*, estudio introductorio, selección y notas de Pilar Máynez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997 (Biblioteca del Estudiante Universitario 124).

se realiza el Primer Congreso Indigenista Interamericano en donde se anticipan los principios que posteriormente haría suyos la UNESCO, sobre el derecho de todo individuo a ser educado en su idioma materno.

La tarea fundamental de Swadesh estaría encaminada a la alfabetización de los monolingües y a la confección de un material idóneo para integrar a los indígenas a la vida moderna. Para ello escribe y distribuye trabajos mimeografiados e impresos, cuyos objetivos son dar a conocer su plan y capacitar al personal que intervendría en el proyecto; después de un diagnóstico sobre el sistema educativo de la zona tarasca, Swadesh se percata del fracaso del método empleado por las políticas incorporativistas.²⁶ Lo más urgente para iniciar la alfabetización de la población indígena era la reducción del sistema fónico del tarasco a la escritura en grafías latinas, trabajo al que él mismo se consagra; asimismo se ocupa de coordinar la capacitación del personal que tendría a su cargo tan importante empresa. La única posibilidad de lograr la ejecución del programa, dados los precarios recursos con que se contaba, era mediante el reclutamiento de jóvenes con educación primaria que fueron capacitados con un breve curso y con frecuentes asesorías de especialistas en la materia. El equipo de alfabetizadores compuesto así permanecía en cada pueblo el tiempo necesario para adiestrar a los maestros nativos de las escuelas rurales. La recomendación a éstos era la de llevar a cabo la enseñanza del castellano sólo después de que el alumno fuera capaz de dominar la lectura y la escritura en su lengua nativa.

En 1943 Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación Pública, alienta los esfuerzos contra el analfabetismo y, de acuerdo con el Departamento de Asuntos Indígenas, elabora e imprime cartillas bilingües, como complemento de aquella campaña. Dos años más tarde, el Instituto de Alfabetización para Indígenas Monolingües capacita a diez maestros bilingües de cada zona indígena en los aspectos pedagógicos y antropológicos necesarios para aplicar las cartillas respectivas, método que éstos, a su vez, deberían hacer extensivo a otros tantos maestros rurales quienes se encargarían de

²⁶ Esta política incorporativista revolucionaria, como se ha dicho ya, consistió en querer hacer que la población indígena “pensara” y “sintiera” en español para insertarla en el concepto de “nacionalidad mexicana”; de ahí que se estimulara la alfabetización en castellano antes que en su propia lengua.

la transmisión de este material a los alumnos. El programa se lleva a cabo muy lentamente y sólo cinco zonas se ven beneficiadas con el mencionado plan: 1) la nahua del norte y sur de Puebla, 2) la nahua de Morelos, 3) la maya de la península yucateca, 4) la tarasca de Michoacán y 5) la otomí del valle del Mezquital.

Después de un intervalo, en 1949 se retoma el Proyecto Tarasco. La actividad resurge, dice Aguirre Beltrán. La mística alfabetizadora vivifica la práctica educativa y otra vez se imprimen los periódicos en purépecha *Pampiri* y *Mitakua*;²⁷ pero el trabajo de la ahora encargada del proyecto, Angélica Castro de la Fuente, no obtiene los resultados esperados pues sus objetivos parecen no corresponder a los intereses de la población que se manifiesta en pro de la enseñanza del castellano.

El 2 de diciembre de 1948 se crea el Instituto Nacional Indigenista (INI) conforme a los acuerdos establecidos en Pátzcuaro, Michoacán, en el Primer Congreso Indigenista en 1940.²⁸ La fundación de este organismo implicó el reconocimiento oficial de la realidad pluriétnica y pluricultural de México y el compromiso para instrumentar acciones encaminadas al desarrollo de las distintas comunidades indígenas a fin de lograr su integración a la vida nacional. Entre sus principales tareas se encuentran el adiestramiento de jóvenes indígenas como promotores del cambio sociocultural, el establecimiento de escuelas con maestros procedentes del propio grupo indígena quienes emplean los idiomas indígenas en el proceso de alfabetización y en la enseñanza. Además el INI realiza labor de difusión a través de la proyección de películas y la organización de conciertos, y edita publicaciones periódicas y eventuales.²⁹ El primer Centro Coordinador fue fundado en la región tzeltal-tzotzil en el estado de Chiapas, en 1951, bajo la dirección de Gonzalo Aguirre

²⁷ Gonzalo Aguirre Beltrán, *op. cit.*, p. 280.

²⁸ Sobre el origen y funciones del INI, véase Irma Contreras García, *Las etnias del estado de Chiapas. Castellanización y bibliografía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste, 2000, p. 58.

²⁹ No obstante, Juan Gregorio Regino asegura que, “desde que se establecieron oficialmente las instituciones indigenistas, en particular el Instituto Nacional Indigenista (INI), se han constituido en los principales promotores del etnocidio de los indios. Han sostenido su quehacer con base en teorías colonialistas que niegan la capacidad del indígena para dirigir su propio destino”. “Escritores en lenguas indígenas”, en *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*, coordinado por Carlos Montemayor, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993, p. 130.

Beltrán, quien fomentó, además de las acciones educativas correspondientes, la construcción de caminos y proporcionó a los indígenas transporte de carga para eludir a las atajadoras.

Por otra parte, en el ámbito académico en 1956 quedó constituido el Seminario de Cultura Náhuatl dentro del Instituto de Investigaciones Históricas; con él comenzó a funcionar el primer centro especializado en el estudio de la lengua y la cultura de los pueblos nahuas, bajo la dirección de Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla. La actividad inicial del seminario, al que han asistido numerosos y destacados estudiosos mexicanos y extranjeros así como hablantes del mexicano y otros idiomas amerindios,³⁰ fue la creación, el mismo año de su apertura, del curso Introducción a la Cultura Náhuatl en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, a cargo del doctor Miguel León-Portilla. Asimismo en 1958 aparecen las dos primeras publicaciones del seminario, ambas dentro de la serie Cultura Náhuatl. Fuentes: Textos de los Informantes de Sahagún 1 y 2, respectivamente: *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, edición de Miguel León-Portilla, y *Veinte himnos sacros de los nahuas*, edición de Ángel María Garibay.

En 1959 sale a la luz, como parte integral de estos esfuerzos *Estudios de Cultura Náhuatl*, revista eventual que continúa publicando el Instituto de Investigaciones Históricas hasta la fecha,³¹ y en la que el doctor Miguel León-Portilla figura como editor. En esta revista se incluyen monografías y fuentes para el conocimiento de la cultura y la lengua nahuas referentes al pensamiento religioso, al calendario indígena y a la organización social y económica, pero también se han publicado documentos en náhuatl y castellano, y recopilaciones de cantares y poemas en ese idioma vernáculo.

De 1982 a la fecha, el Seminario de Cultura Náhuatl ha incorporado, asimismo, a nahuahablantes de diferentes zonas de la república, procedentes de la Huasteca veracruzana, de Puebla, de Hidalgo,

³⁰ Podemos mencionar a Birgitta Leander, Rudolf van Zantwijk, Alfredo López Austin, Thelma Sullivan, Roberto Moreno de los Arcos, Jacqueline de Durand Forest, Víctor M. Castillo, Josefina García Quintana, Francisco Javier Noguez, Mercedes de la Garza, Karen Dakin, Jorge Klor de Alva y José Rubén Romero. A partir de 1982 se integraron al Seminario de Cultura Náhuatl Ascensión H. de León-Portilla, Patrick Johansson, Carmen Aguilera, Federico Nagel, Jorge de León, Librado Silva y Pilar Máynez.

³¹ Véase Miguel León-Portilla en la presentación a *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 13, 1978, p. 11-14.

de Guerrero y de Milpa Alta en el Distrito Federal. Los hablantes del náhuatl que han participado en este espacio académico han comprendido que su lengua, al igual que las más prestigiadas, posee su estructura propia acorde con las necesidades signílicas de sus comunidades, y que, incluso, cuenta con una codificación gramatical. Los nahuahablantes que se han integrado al seminario han aprendido las peculiaridades funcionales del mexicano, la práctica paleográfica vinculada al estudio de textos de distintas épocas, así como las causas y consecuencias de determinados hechos históricos.

Librado Silva, asistente asiduo al Seminario de Cultura Náhuatl y ahora reconocido escritor, comenta sobre esto:

Y allí estábamos los nahuahablantes, conociendo y reconociendo vocablos nuevos y otros conocidos en el habla cotidiana de nuestras comunidades, escuchando ciertas metáforas emparentadas en alguna forma con voces y expresiones que nos eran familiares. Por primera vez vimos a Quetzalcóatl no como un héroe difuso, como entre las nubes, imponderable, al que nos tenían habituados las relaciones que por allí alguna vez habíamos escuchado.

Por primera vez estuvimos en contacto con leyendas, mitos y tradiciones que nos confirmaban la importancia de la literatura que a nivel local teníamos y que correspondía a una antigua tradición nuestra, pues habían sido creadas en nuestra lengua, pertenecían a gente como nosotros y se conservaban gracias a que preservamos la lengua mexicana.³²

Todo lo anterior ha alentado a los hablantes del náhuatl que han concurrido al seminario, en su mayoría profesores normalistas y abogados, a escribir las historias y costumbres de sus comunidades y a componer poemas de autoría propia. Éstos se han publicado en la revista de *Estudios de Cultura Náhuatl* y en una serie, que el doctor León-Portilla creó con el apoyo del Instituto de Investigaciones Históricas, llamada Totláhtol, Nuestra Palabra, en donde se han dado a conocer textos nahuas de alumnos indígenas del seminario, así como de otras personas ajenas a éste.

Otra de las tareas fundamentales del Seminario de Cultura Náhuatl ha sido la organización de la serie de encuentros de hablantes

³² Librado Silva Galeana, "El Seminario de Cultura Náhuatl", en *In ùh̄yo, in ùlahtol. Su aliento, su palabra. Homenaje a Miguel León-Portilla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio Nacional/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 270.

de náhuatl que se han llevado a cabo desde 1987 en el poblado de Santa Ana Tlacotenco, en Milpa Alta; en el antiguo Palacio de Axayácatl, actual Monte de Piedad, y en Zapopan, Jalisco, en los que han participado también hablantes de otras etnias como la ñahñú, la purépecha, la maya, la zapoteca y la mixteca. Estos encuentros han propiciado en los participantes y asistentes que hablan alguna de esas lenguas el deseo de continuar preservando uno de sus más valiosos patrimonios culturales.

Alrededor de 1960, la Secretaría de Educación Pública aceptó la idea, defendida por lingüistas y antropólogos, sobre la pertinencia de impartir la educación en los propios idiomas maternos, a fin de que los niños indígenas tuvieran acceso a una formación intercultural; este programa, que continúa vigente hasta la fecha, intenta conjugar el desarrollo de las habilidades fundamentales que requieren todos los niños mexicanos con las características culturales y lingüísticas propias de cada una de las etnias.

En estos libros se incorporan materias como historia, geografía, civismo y ciencias naturales; en el área del lenguaje se propicia la reflexión gramatical de sus idiomas maternos, se desarrolla la expresión oral y escrita mediante ejercicios que incrementan la fluidez, la riqueza comunicativa y la práctica de la representación gráfica (direccionalidad, espacio entre letras y palabras, etcétera); asimismo se les introduce en la literatura tradicional de su grupo. La elaboración de estos textos ha implicado la definición de una serie de criterios relacionados con la lengua y las variantes en las que se debe realizar el material, el alfabeto que se debe emplear en el proceso enseñanza-aprendizaje y la participación de los padres y miembros representativos de la comunidad, a fin de que comprendan y apoyen esta modalidad educativa.

Respecto de la parte magisterial del proyecto se puede decir que existen aún serias anomalías. Ludka de Gortari comenta que en 1993 sólo ocho maestros huicholes se encontraban fuera de su lugar de origen, pues trabajaban en Oaxaca; no obstante, un año después, la misma investigadora recurrió a una información actualizada que indicaba que 3 857 profesores hablaban una lengua que no correspondía a la de sus alumnos;³³ desafortunadamente esta

³³ Ludka de Gortari Krauss, "Alcances y limitaciones de las políticas de educación en zonas indígenas en la actualidad", en *Políticas lingüísticas en México, op. cit.*, p. 158.

situación persiste en la actualidad. Pero entonces ¿cómo puede llevarse a cabo la educación bilingüe e intercultural que requiere nuestro país en aquellas zonas en las que por no muy claras razones es asignado un maestro cuyo código lingüístico es diferente al de sus estudiantes? A pesar de lo anterior, la Secretaría de Educación Pública asegura que hoy se intenta zanjar estas irregularidades, y se trabaja arduamente en elevar el nivel de los docentes mediante constantes cursos de actualización que les permiten entender en toda su magnitud el proyecto de educación bilingüe a nivel nacional.

Actualmente se han publicado libros de texto gratuitos en 33 lenguas diferentes y 56 variantes, y se encuentran en proceso la edición de otros en 40 dialectos más. Los grados de educación básica que atiende la instancia encargada de ello varían, según se puede apreciar en la tabla que aparece a continuación, llegando hasta el cuarto grado, como también difieren los libros destinados a sus variantes. El reto del presente gobierno es cubrir completamente la enseñanza de la primaria.³⁴

La publicación de estos libros de texto está determinada por el número de niños que hablan una lengua; se considera “mayoritaria” aquella que es empleada por más de mil niños; las que presentan una cifra más reducida que ésta son clasificadas como “minoritarias” y, por tanto, con menor posibilidad de que se destinen recursos a la edición de textos en ellas. A éstas, la Subdirección de la Promoción de Enseñanza y Aprendizaje de las Lenguas Indígenas de la SEP atiende a través de talleres de desarrollo lingüístico y de fomento a la escritura y lectura. Los profesores y directores que se encargan de 18 643 centros educativos en toda la república desde la educación preescolar son, según cifras de esta instancia gubernamental, alrededor de 48 768, mientras que la población estudiantil es de 1 109 932 alumnos.

Por otra parte, el Programa de Maestría en Lingüística Indoamericana (PMLI) financiado por el INI y el CIESAS,³⁵ que se imparte en este último centro desde 1991, representa igualmente los esfuerzos para enfrentar las exigencias de la población plurilingüe de nuestro

³⁴ El cuadro que aquí se incorpora pudo conformarse gracias a la información que me proporcionó el maestro Abad Carrasco, subdirector de Promoción de la Enseñanza-Aprendizaje de las Lenguas Indígenas.

³⁵ Instituto Nacional Indigenista y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.



34 LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS EN EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

<i>Lengua</i>	<i>Dialecto</i>	<i>Entidad federativa</i>	<i>Grados</i>
Amuzgo		Guerrero	1o., 2o., 3o., 4o.
Chinanteco	de la Sierra de Ojitlán de Usila	Oaxaca Oaxaca y Veracruz Oaxaca	1o., 2o. 1o., 2o., 3o., 4o. 1o., 2o., 3o., 4o.
Maya		Campeche Quintana Roo y Yucatán	1o., 2o., 3o., 4o. 1o., 2o., 3o., 4o.
Mixe	de Guichicovi de la zona media	Oaxaca Oaxaca	1o, 2o, 3o. 1o., 2o., 3o., 4o.
Náhuatl		Guerrero y Michoacán	1o., 2o., 3o., 4o.
	de la Huasteca	Hidalgo, Nuevo León San Luis Potosí y Veracruz	1o., 2o., 3o., 4o.
	del norte de Tehuacán del centro	Puebla y Tlaxcala Puebla y Morelos Veracruz	1o., 2o., 3o., 4o. 1o., 2o., 3o., 4o. 1o., 2o., 3o.
Seri		Sonora	1o.
Zapoteca	de Miahuatlán	Tlaxcala, Nuevo León, Veracruz y Baja California	1o., 2o., 3o.
	de Villa Alta	Oaxaca y Baja California	1o., 2o., 3o., 4o.

país. Este posgrado tiene como antecedente el Programa de Etnolingüística (PFE) a nivel licenciatura que, aunque sólo contó con dos promociones (1979-1983 y 1984-1988), tuvo resultados satisfactorios pues la mayor parte de sus egresados, hablantes todos ellos de un idioma indígena, se encuentran actualmente desempeñando importantes labores en la Dirección General de Educación Indígena.

Por lo que toca al área de formación general del Programa de Maestría en Lingüística Indoamericana se puede decir que está constituido por cuatro ejes: niveles de análisis, relaciones translingüísticas, relación lengua-cultura y relación lengua-escuela. Los dos objetivos principales del PMLI, tal como lo señala Ernesto Díaz

Couder Cabral, quien fuera su coordinador académico, es formar a los profesionales necesarios para “hacer frente a las exigencias de una nación multilingüe y contribuir a que hablantes nativos de las lenguas indomexicanas participen de manera informada y fundada en las instancias administrativas, educativas o de investigación donde se deciden e instrumentan las políticas que atañen a sus comunidades lingüísticas”.³⁶ Ambos propósitos tienen como meta la posibilidad de que sus egresados intervengan en la resolución de acciones que promuevan el mejoramiento de la calidad de la educación bilingüe, en la eficientización de los servicios administrativos y jurídicos en las comunidades indígenas y en la implantación de un programa intercultural en el cual queden incluidas las diversas etnias que componen nuestra realidad nacional.³⁷

En octubre de 2000 comenzó a operar el Instituto de Antropología Universidad (IAU), primera universidad indígena del país ubicada en Mochicahui, Sinaloa. Este peculiar centro de enseñanza superior, que ostenta una matrícula de aproximadamente 1 200 alumnos procedentes de 13 estados, está financiado por el gobierno de la entidad, la Universidad de Occidente, el ayuntamiento de El Fuerte y los habitantes de Mochicahui;³⁸ se trata de un interesante proyecto intercultural que aspira a la preparación de recursos humanos que afiancen a la vez los valores de sus respectivas etnias y ofrezca la formación en ingeniería en sistemas computacionales, contabilidad, turismo empresarial, derecho, cultura popular, derecho fiscal, sociología rural y etnociología, y tres maestrías: ventas, comercio y negocios y educación social. El proyecto Mochicahui prevé también la creación de un museo regional, de un centro de información sistematizada y la residencia universitaria que albergaría, asimismo, a indígenas de otros países.

³⁶ Ernesto Díaz Couder Cabral, “El Programa de Maestría en Lingüística Indoamericana”, en *Políticas lingüísticas en México, op. cit.*, p. 178.

³⁷ En las cinco distintas generaciones que lleva dicho programa se han incorporado estudiantes de diversos países de América Latina. Así la maestría ha tenido hablantes del aimara, amuzgo, chinanteco, guaraní, ñahñú, mapuche, maya yucateco, mixe, mixteco, náhuatl, popoluca de la sierra, purépecha, quechua, tlapaneco, tének, totonaco, triqui, tzotzil, yaqui, llóreme y zapoteca. En relación con el concepto de “interculturalidad” cabe señalar que el programa está abierto tanto a hablantes como a no hablantes de lenguas nativas.

³⁸ Cada asignatura cuenta con tres asesores. Cada trimestre los alumnos presentan exámenes orales ante un jurado, previo estudio mediante índices temáticos; por eso se dice que no hay aulas ni profesores de gis y pizarrón. *La Jornada*, 28 de septiembre de 2001, p. 40.



Éstos son someramente algunos de los proyectos gubernamentales y académicos respecto de las políticas y estudios de las lenguas indígenas que se han realizado por espacio de cinco siglos: sus propósitos han estado en consonancia con el ideario de los gobiernos, el cual, por lo general, no ha correspondido con los requerimientos que demanda esa parte de nuestra población, distinta y marginada; pero los trabajos de los estudiosos, efectuados desde el primer contacto hasta nuestros días, nos han permitido conocer desde diversos enfoques su pensamiento y su cultura a través de sus diferentes expresiones lingüísticas.